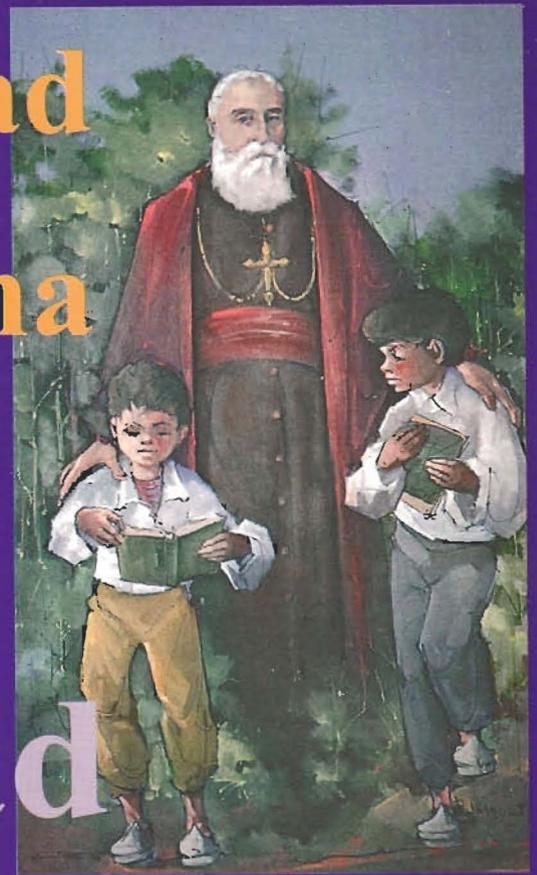


Identidad Amigoniana



Identidad

Amigoniana

El Padre Juan Antonio Vives

El padre Juan Antonio Vives Aguilera es sacerdote Terciario Capuchino. Adelantó estudios de Licenciatura en Sagradas Escrituras, en la Universidad de Comillas, España. De igual manera, realizó un doctorado en Teología Espiritual, con especialización en Franciscanismo, en el Antoniano de Roma. Fue durante 12 años Consejero General de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos.

Este libro se terminó de imprimir en el Departamento de Publicaciones de la
Fundación Universitaria Luis Amigó

Medellín – Colombia.

Editorial

Tienes en tus manos otro precioso texto del Padre Juan Antonio Vives Aguilera, T.C. en donde, desde su experiencia y saber amigoniano, bebidas en las más puras fuentes congregacionales, nos hace pensar con un lenguaje cálido y delicioso, desde el humanismo vertido en las Sagradas Escrituras, pasando por el Evangelio vivido por Francisco de Asís y traducido por Luis Amigó, hasta una concepción carismática continuada por sus hijos los amigonianos, en una pedagogía moralizante, que fue recorriendo caminos hasta llegar al ser de la Ciencia Pedagógica.

En sus páginas encontrarás el saber del ser y la vaciedad de la cultura del tener, esencia y núcleo de lo que se ha venido configurando, entre quienes trasegamos por los claustros universitarios de Amigó, en la IDENTIDAD AMIGONIANA, como el talante que nos distingue, la motivación que nos anima y el espíritu que vivifica nuestras acciones.

Recíbelo como parte del proceso de formación en el que todos estamos y que todo su contenido nos quede como tarea.

Y al Padre Vives, gracias por compartir con nosotros los dones y carismas heredados del hombre cuya vida fue “manso correr de un río, sin declives pronunciados ni desbordamientos que rebasaran el cauce”.

P. MARINO MARTÍNEZ PÉREZ
Rector

¿Gigantes o enanos?

Quisiera en esta reflexión iluminar la identidad del SER HUMANO desde la antropología bíblica.

Abordaré, no obstante, el tema bíblico desde una dimensión cultural, intentando abstraer *metodológicamente* aquello que, de forma directa, considere propio del ámbito de la fe. Y esta abstracción la hago precisamente pensando en el hecho de que un auditorio universitario es, por su misma naturaleza, un auditorio plural. Y la hago también como un homenaje dirigido, tanto a las personas que viven desde la fe, como a aquellas otras que orientan su vida al margen de lo religioso. Ambos grupos podrán percibir que la Biblia no encierra sólo un mensaje religioso, sino que, por su misma esencia, contiene también un profundo mensaje *antropológico*.

La Biblia, como tributaria de toda una *cultura oriental*, encierra un hondo mensaje sobre el *arte de vivir feliz*, y este mensaje constituye precisamente el meollo de su riqueza sapiencial.

El hombre bíblico, como los demás pueblos orientales, considera que la sabiduría es una ciencia del corazón, cuyo arte consiste en *saborear la vida*, en encontrar un *sentido gratificante a la propia existencia*. No por acaso, todas esas culturas suelen usar como sinónimo de *sabio*, el apelativo de *feliz*. Vistas desde esa perspectiva, las mismas *bienaventuranzas* evangélicas vendrían a ser como el código de la felicidad, o, si se prefiere, de la sabiduría.

EL HOMBRE “LIGHT”

Antes de adentrarnos, sin embargo, en la sabiduría bíblica, considero interesante hacer una reflexión, aunque sea breve, sobre nuestra actual cultura.

Hoy en día, el mundo está dominado por la llamada *cultura de la posmodernidad*. Su mismo nombre quiere acentuar el hecho de que esta cultura viene siendo como el resultado natural de una época moderna en la que la máquina suplantó al artesano y el dios “producción” amenazó de muerte todo humanismo al intentar convertir a la persona en un mero objeto a su servicio.

En su más pura concepción, la cultura posmoderna está dominada por una especie de tetralogía *nihilista* –configurada en torno al *hedonismo*, *consumismo*, *permisivismo* y *relativismo*– que ha producido un tipo de hombre que, no sin razón, ha sido denominado un hombre “*Light*”. Es éste un hombre con una personalidad débil en muchas de sus dimensiones; hombre que, con frecuencia, flota trágicamente en una especie de *sinsentido vital*; un hombre falto muchas veces de verdaderos valores e ideales cuya máxima ilusión en la vida es por lo general un “bienestar” configurado en torno a lo material.

Con la caída del *comunismo histórico* –nacido de un marxismo que en su concepción más filosófica y original pretendió rescatar a la persona de la vorágine de la modernidad-, la cultura posmoderna ha sentido, además, la tentación de reforzar sus propias creencias, acentuando, por ejemplo en el plano económico, un *neoliberalismo* que fácilmente puede desembocar en lo que el Papa ha denunciado como un peligro de capitalismo salvaje.

Por otra parte, ninguna cultura había tenido hasta el momento tan rápida y universal difusión como la que ha tenido la posmoderna. Y ello como consecuencia de que nuestro mundo, merced a los medios de comunicación, se ha convertido en una especie de aldea global.

EL HOMBRE SEGÚN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Frente a la *cultura del bienestar* que propaga la posmodernidad, la Biblia – ya desde las páginas más antiguas del Viejo Testamento- se encamina a una cultura que –en contraposición con la actual- bien se pudiera denominar *cultura del “bienser”*, entendiendo obviamente por SER –de acuerdo al discurrir filosófico iniciado modernamente por Heidegger- el *ser interiormente activo*, es decir, el renovarse continuamente, el crecer, el fluir, el amar..., en una palabra, el trascender decididamente las fronteras enanizantes del propio ego.

Toda la historia de Israel puede ser leída precisamente –como apunta Erich Fromm- en clave del binomio “*bienser*” – *bienestar*.

Dicha historia comienza de hecho con un hombre que opta definitivamente por el ser frente al tener. Abraham, fiado en que Dios *engrandecería su nombre* (Gn.12,2), fiado en que haría de él un nuevo ser, una nueva persona, deja tierra y casa –signos de posesión y poder- y se encamina hacia lo desconocido.

Con el tiempo, los descendientes de Abraham se establecen en Egipto, van olvidando la *filosofía de vida*, propia de un pueblo en constante peregrinaje, e imbuidos por la cultura propia del País del Nilo se van convirtiendo en un pueblo *numeroso y fuerte* (cf. Ex. 1,7). Y es precisamente su *opulencia y poderío* –signo inequívoco de que habían optado decididamente por el mundo del tener- lo que despierta los recelos de los egipcios que terminan por esclavizarlos.

Moisés es encargado por Dios de liberar al pueblo de la esclavitud y de llevarlo al desierto para que le celebre allí una fiesta (cf. Ex. 5,1). Desde este momento, el desierto se convierte en signo de liberación. Simboliza no sólo la liberación de la esclavitud exterior impuesta por los egipcios, sino también la liberación interior del hombre. El hombre del desierto *no tiene nada propio*, es un verdadero *nómada y peregrino* que recibe lo necesario para vivir (cf. Ex. 16,16-17). En el desierto, el hombre es y no se preocupa de *tener*. Por ello, el desierto simbolizará en el futuro la época más idílica y plena del pueblo, la época en que *Israel* fue plenamente coherente con su ser *pueblo de Dios* (cf. Os. 2, 16-18; Is. 40,3-8).

En el desierto, sin embargo, el pueblo no deja de sentir tentación del tener o bienestar. Recuerda continuamente y con nostalgia lo que dejó en Egipto (cf. Ex. 16,3; 17,3). De alguna forma, aquellos hombres preferían ser esclavos con *posesiones*, que hombres *libres* sin nada.

A la muerte de Moisés, se produce como una especie de *contrarrevolución cultural*. El pueblo, posesionado de la tierra, va dejando a un lado el proyecto del “*bienser*” y va entrando en una égida en la que dominan las ansias de poder y poseer. Poco a poco, el corazón del pueblo se pervierte en sus verdaderos *ideales* y *valores*. Y es precisamente en este contexto donde hacen su aparición los profetas, verdaderos pensadores y soñadores revolucionarios, que, en sus denuncias, reivindicaban el retorno a la original identidad del pueblo, a la verdadera libertad mediante una radical renuncia a la cultura del tener simbolizada en los ídolos, que son, en definitiva, representaciones de las multiformes concreciones del egoísmo humano. Desde su perspectiva, el destierro de Babilonia será interpretado como una ocasión propicia para que el pueblo pueda volver a sus primeras raíces culturales. Con el destierro, los israelitas pierden *lo que tenían* y sólo les queda el ser.

Cuando, con el paso del tiempo, Israel siente la necesidad de elaborar por escrito su historia como “pueblo de Dios”, deja constancia de su concepción antropológica y de su sabiduría acumulada de vida, desde las primeras páginas del relato.

El ideal del “*bienser*” encuentra entonces su mejor garante en Dios y se compendia en seguir su voluntad, expresada en los mandamientos que, vistos desde este punto de vista, vienen a ser como los indicativos que señalan al hombre el camino para su plena realización humana. El hombre está en la dinámica de Dios cuando, desprendido su corazón de las cosas y del afán de dominio, va creciendo en aquellos valores de alteridad y apertura que le van convirtiendo en un *ser para los demás*. Ya desde el Antiguo Testamento, la mística de la unión con Dios queda así íntimamente unida a un proyecto de realización plenamente humana. *Ser hombre de Dios* implica ser una persona del “*bienser*” que vive en apertura y con espíritu humilde y servicia sus relaciones con los demás hombres y con la creación toda.

El ideal del *bienestar*, por su parte, aparece realizado en el *hombre encerrado en sí mismo*, y encuentra su mejor representación simbólica en el relato del *pecado original*, que simboliza la tentación que todo hombre siente de conseguir la felicidad, la plena y gratificante realización de su ser “por atajo” y “a precio de rebajas”. Dominado y cegado por el ansia de *tener*, el hombre, en vez de seguir el camino de la apertura hacia los demás idealizado religiosamente, como se ha anotado arriba, en el seguimiento de Dios, busca constituirse en centro y ombligo de todo lo que tiene a su alrededor. Quiere ser *dios*, busca dominar y busca poseer. El resultado de esta pretensión no puede ser más defraudante. A nivel personal, experimenta entonces el hombre un sentimiento de vaciedad, de *desnudez*

(cf. Gn. 3,10) como consecuencia de la infelicidad que siente al no encontrar el sentido gratificante de su existencia con el que soñaba. Y a nivel social, se produce una trágica desarmonía entretejida de sentimientos de insolidaridad (cf. Gn. 3, 12-13), confusión, división y dispersión (cf. Gn. 11,7-9).

Traducido de alguna manera el sentimiento antropológico que experimenta y expresa el hombre del Antiguo Testamento, a la clave de lectura e interpretación que ha dado título a la presente reflexión, se podría decir:

- El ideal del “*bienser*” representa una escala de valores que favorecen el crecimiento de la persona en estatura interior y la van llevando por este mundo que se ha venido a llamar de *gigantes*.
- En contraposición, el ideal del *tener* representaría el mundo de los enanos, es decir, el mundo de esas personas encogidas y empequeñecidas por su egoísmo y que no acaban de salir nunca del “propio cascarón”. Los enanos pueden tener muchas cosas, pero no se tienen a sí mismos, no acaban de encontrar esa verdadera felicidad que nace de “amar y sentirse amado”. Su propia estructura paranoide los envicia de tal modo, que son incapaces de abandonar las tediosas vueltas alrededor del propio yo y de salir al encuentro de los otros.

La literatura bíblica –y de modo particular la sapiencial- está llena de invitaciones a que el hombre descubra el camino de su feliz realización, siguiendo la llamada de un Dios que le invita fundamental y constantemente a ser. Los textos que a continuación se traen constituyen una muestra de ello:

- *Practicar la justicia y la equidad, es mejor que el sacrificio. Ojos altivos, corazón arrogante son lámparas de malvados... Hacer tesoros con lenguas engañosas es vanidad fugitiva de quienes buscan la muerte... Se arruina el hombre que ama el placer, no será rico el que anda en banquetes... Quien va tras la justicia y el amor, hallará vida y honor (Prov. 21,3-4.6.17.21).*
- *Si te sientas a comer con poderosos, no desees sus manjares, porque es alimento engañoso. No te fatigues por enriquecerte, deja de pensar en ello... Aplica tu corazón a la instrucción y tus oídos a las palabras de la ciencia... Hijo mío, si tu corazón es sabio, se alegrará también mi corazón... escucha y serás sabio. Adquiere la verdad y no la vendas...(Prov. 23, 1 a.3.4.12.15.23).*
- *El hombre en los honores no comprende, se asemeja a la bestia emudecida., Esta es la senda de los que en sí confían (Sal 49,13-14).*
- *Maldito aquél que fía en el hombre y hace de la carne su apoyo y aparta de Dios el corazón... Bendito el que se fía de Dios, pues no le defraudará (Jer. 17,5.7).*

- *El insomnio por las riquezas, consume las carnes, las preocupaciones que trae ahuyentan el sueño... Se afana el rico por juntar riquezas, y cuando descansa, se hastía de sus placeres* (Sir 31,1.3).

No obstante, la urgente invitación a seguir las sendas del ser frente a todo aquello que representa el *tener*, encuentra, a mi entender, su más lograda expresión, dentro del Antiguo Testamento, en la parábola que Jotam proclama ante los vecinos de Siquem cuando proclamaron rey a Abimélek. Aparece claro en ella cómo los árboles más nobles rechazan la oferta del *tener* y del poder y prefieren continuando siendo ellos mismos. Sólo la zarza –un arbusto pequeño y empequeñecido en identidad y categoría moral- se deja alagar y seducir por la oferta. Y la zarza revestida de poder, no sólo no crece, sino que engorda ferozmente en egoísmo. Nada hay peor –parece sugerir el propio texto- que encumbrar a los enanos sobre un pedestal (cf. Jc 9, 7-15).

EL HOMBRE A LA LUZ DEL NUEVO TESTAMENTO

En la persona de Cristo, el mensaje antropológico del Antiguo Testamento se ilumina con nueva luz y viveza.

Como dice el Vaticano II: “Cristo, al mismo tiempo que nos revela quién es Dios, nos manifiesta en plenitud qué significa ser hombre” (Gaudium et Spes 22).

Desde el Nuevo Testamento, se inunda de claridad la Biblia a partir de sus primeras páginas.

La misma concepción antropológica, sintetizada en Génesis con la expresión de que “*el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios*”, adquiere, desde la revelación que Cristo hace de Dios como *Padre y Amor*, su pleno sentido.

Si Dios es amor, el hombre, hecho a su imagen y semejanza, es un *ser hecho para el amor y se va haciendo* en la medida que crece en el amor mismo.

El amor que, por su propia naturaleza, implica éxodo de uno mismo y caminar como *peregrinos y nómadas* es decir sin apropiaciones ni apegos que dificulten el paso al encuentro con el otro en un clima de sagrado respeto a la mutua *individualidad y libertad*, compendia a cabalidad toda la concepción antropológica que se ha expuesto arriba a la luz del Antiguo Testamento en torno al binomio ser-tener, “*bienser*”-*bienestar*.

El hombre *crece* en su *ser* en la medida que *crece en el amor*, y el hombre se *enaniza*, cuando se queda encerrado en sí mismo, *víctima y esclavo* de sus *deseos posesivos*.

Con el ejemplo de su vida toda y con la fuerza de su palabra coherente, Cristo proclama de forma constante que el sentido de la vida humana radica en *un crecimiento del ser por el amor*.

No por casualidad, Cristo comienza su ministerio venciendo previamente las tentaciones en el desierto (cf. Mt 4,1-11).

Analizadas las tentaciones desde el quicio sobre el que está girando toda esta reflexión, es decir, el binomio *ser-tener*, indican con claridad que lo que en realidad está en juego en la lucha que mantienen Cristo y Satanás es la rivalidad existente entre dos modos antagónicos de vivir. Satanás representa una antropología centrada en el *yo* y *en el tener*. Cristo, a su vez, la de un hombre que encuentra sentido a su existencia en el ser. Las tres tentaciones representan, de alguna manera, las tres tendencias más radicales del egoísmo: *la hedonista* (cf. Mt 4, 3-4), *la dominante* (cf. Mt 4,5-7) y *la acaparadora* (cf. Mt 4,8-10).

En el desierto –se podría decir que- Cristo, con su actitud, supera la tentación del tener y opta decididamente por la ética del ser y del compartir. Dicho, si se quiere, de otra forma y con otras palabras de Erich Fromm, frente al “*yo de posesión*” Cristo se decide por el “*yo de la experiencia*”.

Toda la predicación posterior de Cristo puede ser leída en esa clave antropológica y ética, aunque, como es natural, hay expresiones especialmente significativas en su mensaje que manifiestan con más claridad su decidida opción por un tipo de hombre que crece como persona, en la medida que supera la tentación del tener. Las expresiones que a continuación se traen son algunas de ellas:

- *No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen y ladrones que socavan y roban. Amontonad más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón... Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero (Mt 6,19-21.24).*
- *Se le acercó uno y le dijo; “Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna”? Le respondió:...”si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”... Dícele entonces el joven: “Todo eso lo he guardado; ¿qué me falta?” Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos”... Al oír estas palabras, el joven se marchó apenado, porque tenía muchos bienes (Mt 19,16-22).*
- *Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios... Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis; porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido... Vosotros no*

andéis buscando qué comer ni qué beber, y no estéis inquietos... Buscad más bien su Reino y estas cosas se os darán por añadidura... Vended vuestros bienes y dad limosna. Haced bolsas que no se deterioran, un tesoro que no os fallará en los cielos, donde no llega el ladrón ni roe la polilla; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (Lc 12,21.22-23.29.31.33-34).

- *Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mi, ése la salvará. ¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina? (Lc 9,24-25).*

La verdad del amor

Toda la concepción antropológica cristiana, centrada en torno al ser que crece por el amor, tiene una de sus máximas expresiones en el término VERDAD.

Cristo proclama: *Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6)*. Y la verdad de que él habla no es ciertamente una verdad de tipo lógico, sino ontológico.

El hombre es verdad en la medida que crece por el amor, de lo contrario su vida se convierte en una farsa y en una mentira. Algo de esto es lo que quiere expresar Pablo cuando en su *himno al amor* exclama: *Aunque repartiara todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha (I Cor 13,3)*.

Desde la óptica de la verdad como amor, encuentra su pleno significado aquella otra frase evangélica: *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres (Jn 8,32)*, que es como decir: *Conoceréis el amor y el amor os hará libres*. Sólo desde la dinámica del amor puede ser experimentada en profundidad la libertad humana.

En la dimensión del ser, y del ser por el amor, la libertad adquiere su verdadera y más profunda luminosidad. El hombre es libre, no cuando hace lo que le apetece, sino lo que le conviene para su propio crecimiento y felicidad. No hay, quizá, peor esclavitud, que la esclavitud del propio yo dominado por los deseos hedonistas. Consciente de esa realidad, Pablo escribe: *Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud. Habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes a contrario, servíos por amor los unos a los otros (Gál 5, 1,13)*.

Y el mismo Pablo cuando recoge de forma coherente en sus escritos la doctrina antropológica cristiana utiliza unos binomios antagónicos hombre carnal – hombre espiritual, hombre viejo – hombre nuevo que representan al hombre que se decide por el tener y al que hace su opción por el ser; al hombre que se enana por egoísmo y al que crece por el amor, al hombre cuya vida es mentira y aquél cuya vida es verdad:

- Si vivís según el Espíritu –escribe a los Gálatas-, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu y el espíritu contrarias a la carne... El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza... (Gál 5,16-17a.22).
- Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador... Revestíos, pues, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia... Y por encima de esto, revestíos del amor (Col 3,9b-10.12.14).
- Habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, y a renovar el espíritu de nuestra mente y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y la santidad de la verdad (Ef 4,21b-24).

No obstante, hay una expresión del propio Cristo que –a mi entender– mejor que ninguna otra, recoge la concepción antropológica del Nuevo Testamento:

- Si el grano no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna (Jn 12,24-25).

La única forma de alcanzar, ya aquí y ahora, vida eterna, es decir, vida en plenitud, es la de renunciar de raíz a todo deseo apropiatorio, incluido el deseo egoísta de retener celosamente para sí mismo la propia vida. Sólo la apertura a los demás por el amor plenifica la propia existencia.

El amor a la verdad

El mismo Cristo nos ofrece, sin embargo, en su mensaje, una especie de escala de valores por la que el hombre puede conocer cuándo su ser está creciendo según la verdad del amor y cuándo, por el contrario, se está desviando por sendas y veredas que, bajo la apariencia de verdad, lo están sumiendo en una mentira egoísta, nihilista y nihilizante.

Dicha escala de valores la constituyen la Bienaventuranzas (Mt 5,1-12) que son como el arco iris del amor y que en su conjunto policromo nos resaltan los diversos y unitarios matices del amor mismo cuando éste es de verdad.

Empobrecerse para enriquecerse

La primera bienaventuranza, por su propia naturaleza, es la que mejor sintetiza el mensaje de las otras siete, pues supone una renuncia radical al mundo del tener.

La pobreza que se exalta en esta bienaventuranza no es sólo desapego del hecho de tener, sino incluso del deseo mismo de poseer. Supone un desapego radical del ego para al mundo de la persona. Sólo puede ser entendida por quien pasa del desasimiento del mío, al desasimiento del yo (Cf. Filp 2.7 y 2Co 8,9).

Pobre no es sólo el que no tiene nada ni tiene puesto su corazón en los bienes, sino también el que no sabe nada –en el sentido que no se fía de sus saberes- y el que no desea nada ni se codicia a sí mismo.

Desde toda esta perspectiva, la pobreza del sermón de la montaña favorece en la persona un crecimiento en amor con un marcado matiz de generosidad.

Ser en todo los últimos

Esta segunda bienaventuranza es como una explicación de la primera desde la perspectiva de la humildad. Sólo quien no se retiene ávidamente, renuncia al endiosamiento (cf. Filp 2,6 y 8).

La actitud humilde confiere a la relación con los otros un tono de servicialidad que, lejos de humillar a quien sirve y a quien es servido, lo ensalza y libera interiormente y contribuye eficazmente al crecimiento del propio ser.

Las palabras de Cristo: Quien se ensalce, será humillado, y el que se humille, será enaltecido (Mt 23,12), se encuentran perfectamente en el contexto de esta bienaventuranza y encierran una profunda sabiduría de vida. Recientemente la Universidad Mundial Brama Kumaris, en una publicación especial realizada con ocasión del cincuentenario de la fundación de la ONU, decía al respecto: “Una persona que personifique la humildad hará el esfuerzo de escuchar y aceptar a los demás. Y cuanto más acepte a los demás, más se tendrá a esa persona en gran estima y más se la escuchará. Una palabra humilde tiene el significado de miles de palabras”.

Desde la humildad, el amor hecho servicio adquiere además las tonalidades de la descomplicada sencillez, de la familiar amabilidad y de la serena alegría.

Afrontar la realidad

Leída desde la clave antropológica cristiana, la bienaventuranza de los que lloran aporta al amor el imprescindible matiz de la fortaleza.

Y precisamente la fortaleza y reciedumbre de espíritu es uno de los valores más minimizado, cuando no denigrado, de la cultura “Light”.

Renuncia y sacrificio son palabras proscritas en una sociedad que, muchas veces, ensalza el relativismo moral y busca con pasión adolescente el goce inmediato y sin dolor.

El humanismo cristiano, sin embargo, conocedor, por experiencia acumulada, de la estructura humana, es consciente de que el amor exige, por su propia naturaleza, -como se ha apuntado ya también en esta reflexión- la suficiente fortaleza para renunciar a los deseos del ego. La capacidad de amar, se podría decir, está en relación directa con la capacidad de fortaleza. Quien no es capaz de afrontar con gallardía el sufrimiento de la diaria autorrenuncia, no puede experimentar el gozo pascual de crecer en el amor. La felicidad verdadera no está exenta de la marca de la cruz.

Contribuir a la edificación de un mundo mejor

Trabajar por la justicia implica en el contexto general de la Biblia contribuir a la adecuación de la realidad al proyecto original del Creador sobre el hombre, la sociedad y la naturaleza. De ahí que en la terminología de la Escritura: seguir la voluntad de Dios y trabajar por la justicia sean expresiones equivalentes.

La voluntad de Dios sobre el hombre concreto es clara: quiere que se salve y llegue al conocimiento de la verdad (cf. I Tim 2,4), se podría decir siguiendo el tema de fondo de toda esta reflexión que el hombre encuentre un sentido gratificante a su existencia desde aquí y ahora, y conozca desde el amor la verdad de su propio ser.

Con relación a la sociedad la voluntad de Dios apunta claramente al ideal de una fraternidad universal, o como suele decirse hoy, a la edificación de la civilización del amor. Y la relación del hombre con la naturaleza, según el plan del Creador, debe ser de admiración, de agradecimiento y hasta de adoración, y nunca de acaparamiento y de destrucción.

Leída desde esta clave, la cuarta bienaventuranza favorece en la persona su crecimiento en amor desde los valores, entre otros, de la disponibilidad, solidaridad, cooperación y voluntad de superación, tan necesarios en una sociedad que, como la actual, es más propensa a las evasiones que a los ideales y revoluciones.

Amor a la medida

Misericordia significa llevar hasta el sagrario del propio corazón las miserias de los demás para ofrecerles así una ayuda eficaz. Implica amar más allá donde existe una mayor necesidad o carencia.

La misericordia, por su propia naturaleza, reviste el amor con tonalidades de la sensibilidad y de la personalización y contribuye decisivamente no sólo a querer a los demás como son y a amarlos “a la medida”, sino también a relativizar y flexibilizar leyes y reglamentos y a crecer en tolerancia.

Darse sin esperar recompensa

La limpieza del corazón hace referencia a una afectividad purificada de todo deseo egoísta que en las relaciones no intenta posesionarse del otro,

convirtiéndolo a menudo en un mero objeto al propio servicio, sino que busca darse plenamente a él en un clima de respeto a su individualidad y libertad, y sin pretender ser correspondido.

Esta bienaventuranza exalta de manera particular los matices de libertad y universalidad, propios de todo amor de verdad.

Sólo en la medida que se crece en limpieza de corazón se respetan en profundidad los derechos humanos, pues sólo en esa misma medida se valora a toda persona concreta por el mero hecho de ser hombre.

Ser portadores y constructores de paz

La paz y la armonía interiores que se exaltan en la séptima bienaventuranza son como el resultado de vivir la escala de valores del ser propuesta en las seis anteriores. El amor pobre y humilde, fuerte y solidario, misericordioso y limpio, hacen experimentar a la persona una profunda sensación de paz y alegría, que se trasluce en su semblante mismo e inunda toda su actividad. Quien se siente en paz consigo mismo, no puede sino transmitir tranquilidad y paz en su entorno.

Desafiar las dificultades

También la octava bienaventuranza es consecuencia de esa opción clara y definida por la escala del ser que se expresa en las seis primeras. Cuando uno se siente felizmente realizado en su proceso personal de crecimiento, cuando uno va experimentando el sentido gratificante de su existencia, se torna valiente para defender con coherencia y fidelidad crecientes aquello en lo que cree, más que por una fe de la razón, por una fe del sentimiento.

Por otra parte, cuando se es pobre, cuando se superan los deseos de la apropiación, de la posesión y del poder, cuando no se tiene nada que perder, la persona afronta con decisión las dificultades que puedan derivársele de su opción de vida. La persona que va creciendo en su ser por el amor, de acuerdo al ideal multicolor propuesto de las bienaventuranzas, parece tener muy presentes aquellas palabras de Cristo: no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el espíritu (Mt 10,28). Son conscientes de que el bien fundamental de la persona, su propia identidad, nadie puede robarla ni aniquilarla. Ni los mayores dictadores de la historia de la humanidad con todo su poder y saña han logrado someter, ni mucho menos esclavizar, a los espíritus fuertes, que no se venden, ciertamente, por ningún plato de lentejas.

Y para finalizar esta ya larga reflexión en torno a la concepción antropológica del Antiguo y del Nuevo Testamento considero que puede ser útil el cuadro sinóptico de valores cristianos que ofrezco a continuación. En dicho cuadro se encuentra, a mi entender, lo más nuclear de este texto y puede ser útil a la hora de comparar la cultura cristiana, centrada en el ser, con todas aquellas tendencias culturales que se asientan en el tener.

Escala de valores cristianos del SER, a partir del mensaje de las bienaventuranzas y su contraposición desde una cultura “Light”, centrada en el tener:

ESCALA DEL SER	ESCALA DEL TENER
<p>GENEROSIDAD, como donación del propio ser y tener hasta el empobrecimiento, a fin de enriquecerse, enriqueciendo a los demás.</p>	<p>TACAÑERÍA, como retención celosa del propio ser y acumulación ilimitada de bienes. El hombre Light no se entrega a nada, se reserva para sí mismo. “Poderoso caballero es don dinero”. No importa cómo se haya acumulado. Él constituye la prueba suprema de que “se ha triunfado en la vida”.</p>
<p>SERVICIALIDAD, como un estar con sencillez a disposición de los demás, teniendo presente que en el corazón de las personas tiene la primacía aquél que más ama.</p>	<p>DOMINIO, como un ansia de poder que, llegado el momento, no duda en someter la libertad de los demás con la pretensión de alcanzar el primer lugar. No importa “subir”, pisoteando derechos y personas.</p>
<p>FORTALEZA, como capacidad para afrontar con serenidad las renunciaciones necesarias en el camino de la propia maduración en el amor.</p>	<p>HEDONISMO, como pretensión de reducir el verdadero amor que exige, por su propia naturaleza, éxodo y peregrinaje del propio yo al mero goce o placer.</p>
<p>SOLIDARIDAD, como un compromiso serio de defender y de luchar por una justicia integral que va siempre más allá de lo “legal”.</p>	<p>INSOLIDARIDAD, como un contentarse con cumplir, a lo máximo, el ámbito de lo legal, sin comprometerse de forma personal con una lucha que busque el ideal de la justicia. El hombre “Light” no es hombre de ideales ni de revoluciones.</p>
<p>MISERICORDIA, como un llevar las miserias de los otros al propio corazón para compadecerlas de forma eficaz, como un “amor a la medida de las necesidades de los demás”, relativizando, por amor a la persona concreta, las leyes, y creciendo, consecuentemente en tolerancia.</p>	<p>“MISERILLOQUIA”, como un llevar a la lengua las miserias de los demás para propagarlas a los cuatro vientos con una especie de mal disimulada satisfacción. Se compadecen las miserias y marginaciones a nivel “oficial” y, a veces, como bandera y fachada, pero en el fondo, se menosprecian y utilizan.</p>

<p>RESPECTO A LAS PERSONAS, como sagrado y profundo homenaje a la dignidad de todo ser humano, cuyo ámbito de libertad e individualidad se considera inalienable.</p>	<p>UTILIZACIÓN DE LAS PERSONAS, como si se tratasen de meros objetos puestos a disposición del propio yo para su goce y satisfacción. La proliferación del negocio de la pornografía y similares, es buena prueba de ello.</p>
<p>ALEGRÍA, como consecuencia natural de la vivencia de una escala de valores que concede creciente y gratificante armonía y sentido al propio ser persona.</p>	<p>DESENCANTO, como resultado de una vida que experimenta una frustrante sensación de vaciedad, desarmonía e insatisfacción, al no encontrar en el tener lo que anhela profundamente el ser del hombre.</p>
<p>VALENTÍA, como un afrontar con decisión la realidad, sin miedo a arriesgar todas las seguridades por defender con coherencia y fidelidad los principios y valores que confieren sentido gratificante a la propia existencia.</p>	<p>EVASIÓN, como un huir de la realidad, en permanente búsqueda de nuevas sensaciones que puedan colmar el vacío interior que experimenta la persona, de forma creciente.</p>

La cultura AMIGONIANA y los valores del SER

Luis Amigó fue –culturalmente hablando- un hombre cristiano que asimiló la realidad del mensaje humanista del evangelio en la escuela espiritual de Francisco de Asís.

Su vida toda puede ser leída en la clave de una persona que, como Cristo, optó decididamente por la escala del ser, superando las tentaciones del tener.

Su espíritu de humildad que era para él como la respiración y que le llevó a borrar del todo su “yo” para sustituirlo por Dios; su pobreza que parecía tenerla metida en los huesos y que le fue educando a no ser egoísta en absoluto, sino a prescindir en todo de su persona para darse sin reservas, y, de modo particular, su amor entretejido de sensibilidad por los marginados y vivido y expresado con sencillez, finura, dulzura y servicialidad apuntan a un hombre que ha sabido crecer interiormente.

La descripción que hace de él su amigo, el obispo Lauzurica, resalta precisamente los valores que distinguen a la persona cuando ha ido creciendo en su ser de acuerdo con el mensaje evangélico. De alguna forma, dicha descripción hace recordar de forma espontánea el mensaje del amor de verdad que Cristo compendió en las bienaventuranzas:

- El fondo de su ser –dice Lauzurica-, la paz; su vestidura, la humildad. Fue su vida correr manso de un río, sin declives pronunciados ni desbordamientos que rebasan el cauce. A su paso florecieron las flores de toda virtud: la caridad, la pobreza, la humildad, la obediencia, la austeridad, el sacrificio... La bondad de su hermosa alma se irradiaba en la sonrisa, que iluminaba su rostro; sonrisa que ni la muerte pudo borrar.
- Poseyó, como pocos, el raro don de una vida inalterablemente serena, sin relieves, sin deslumbramientos, callada en la superficie pura de profundo cauce espiritual (cf. Obras Completas de Luis Amigó, p. 3).

FRANCISCO DE ASÍS, UNA OPCIÓN CLARA Y RADICAL POR EL SER

No obstante, para entender a cabalidad la espiritualidad, profundamente humana, de Luis Amigó, hay que adentrarse en la escuela en que él se formó, la escuela de Francisco de Asís.

Una primera característica de la personalidad humana y espiritual de Francisco –la fundamental, sin lugar a dudas- es su seguimiento radical del evangelio.

Y, además, en ese seguimiento radical pone particularmente el acento en aquellos valores que resaltan, de modo especial, la opción por el humanismo que se funda, no en el tener, sino en el ser:

- Su sueño es que sus frailes sean verdaderamente menores, es decir, que sepan servir con buen talante a los demás, que sean verdaderos y creíbles testigos del amor con que Dios ama a todos los hombres a la medida de sus necesidades particulares.
- Y como es consciente de que para “ser para los demás” es imprescindible renunciar de forma radical –como Cristo propone- al mundo “del yo y del tener”, les propone también un seguimiento “a la letra” del mensaje antropológico cristiano y les invita a este fin a que sean nómadas y peregrinos en medio de sus hermanos.
- Y cual peregrinos y forasteros en este siglo, que sirven al Señor en pobreza y humildad –escribe a los frailes en la segunda Regla- vayan por limosna confiadamente. Y no tienen por qué avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo (cf. 2 Co 8,9).
- Esta es la excelencia de la altísima pobreza, la que ha constituido en herederos y reyes del reino de los cielos, os ha hecho pobres en estas cosas y os ha sublimado en virtudes. Sea ésta vuestra porción, la que conduce a la tierra de los vivientes. Adheridos plenamente a ella... jamás queráis tener ninguna otra cosa bajo el cielo (2 R. 6.2-6).
- El Señor –les había escrito años antes- manda en el Evangelio: “guardaos de toda malicia y avaricia; precaveos de la solicitud de este mundo y de las preocupaciones de esta vida.

“Por eso, ningún hermano, donde quiera que esté y donde quiera que vaya, tome ni reciba ni haga recibir en modo alguno moneda o dinero...porque no debemos tener en más ni considerar más provechosos los dineros y la pecunia que las piedras. Y el diablo quiere cegar a quienes los codicien y estiman más que las piedras” (I R. 8,1-4).

Francisco había percibido con claridad desde su experiencia mística el sentido liberador del destierro, como ya antes de él habían descubierto otros eremitas y monjes, pero había intuido también –y esto sí que es más original de su espiritualidad- que el ideal del desierto no es la soledad, sino la libertad de espíritu que nace cuando la persona crece en amor superando los deseos del egoísmo humano. De aquí que Francisco no les pide a sus frailes ni que vivan en soledad ni que se aíslen como comunidad de la gente y de la sociedad, pero sí les pide de forma insistente –como se ha visto arriba- que vivan en medio del mundo como peregrinos y forasteros cuyo ideal de vida sea crecer en esos valores del ser que la tradición cristiana ha denominado virtudes, renunciando por ello, de forma radical, a todo deseo posesivo.

Desde dicha perspectiva hay que leer y entender el binomio pobreza – humildad que el propio Francisco exalta repetidamente en sus escritos y que clásicamente se señala como distintivo básico y más característico de la minoridad franciscana.

Pobreza y humildad son en la mística franciscana perspectivas inseparables de la misma realidad, perspectivas de lo que el mismo Francisco le gusta llamar desapropiación, es decir, el vivir sin ningún afán de tener:

- Ésta –escribe a sus frailes- es la regla y vida de los hermanos: vivir en obediencia, en castidad y sin nada propio, y seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo, el cual dice: Si quieres ser perfecto, vete y vende todas las cosas que tienes... Y también: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo... (I R. 1,1-3).
- A los que venían a la Orden –anota Celano en su biografía del santo- les enseñaba que, antes de nada, habían de dar el libelo de repudio al mundo y que, a continuación, habían de ofrecer a Dios primero sus bienes en los pobres de fuera, y luego, ya dentro, sus propias personas. No admitía a la Orden, sino a los que se expropiaban de todo lo suyo y no se reservaban nada de nada (2 Celano, 80).

La desapropiación –cantada principalmente por Francisco en sus Avisos espirituales- implica una radical renuncia a poner la confianza en los saberes, en los sentires o en los haberes, pues lo verdaderamente importante es crecer en identidad delante de Dios:

- “La letra mata, pero el espíritu vivifica”. Son matados por la letra los que únicamente desean saber las solas palabras para ser tenidos por más sabios... Y son vivificados por el espíritu de las divinas letras, quienes no atribuyen al cuerpo toda la letra que saben y desean saber, sino que con la palabra y el ejemplo se la restituyen al altísimo Señor Dios, de quien es todo bien (Adm. 7).
- Sea cual fuere el pecado que una persona cometa, si, debido a ello y no movido por la caridad, el siervo de Dios se altera o enoja, atesora culpas... El siervo de Dios que no se enoja ni se turba por cosa alguna, vive, en verdad, sin nada propio (Adm. 11).
- Hay muchos que permanecen constantes en la oración y en los oficios divinos y hacen muchas abstinencias y mortificaciones corporales, pero una sola palabra que parece ser injuriosa para sus cuerpos o por cualquier cosa que se les quite, se escandalizan y enseguida se alteran. Estos tales no son pobres de espíritu... (Adm. 19).
- Cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más (Adm. 19).

Del núcleo desapropiatorio de la pobreza –humildad, surgen en el franciscanismo toda una serie de valores- o si se prefiere, virtudes –que confieren al fraile menor su verdadero talante. Todos ellos –sencillez, simplicidad, alegría, sentido providencial...-, conjuntados y animados por el amor, constituyen un ramillete, que bien puede ser considerado como la lectura franciscana de las bienaventuranzas (cf. Saludo a las virtudes). Y todos estos valores también –vividos en armonía- reflejan la sabiduría de

quien ha encontrado su tesoro en el mundo del ser. Para Francisco, lo fundamental era saber ser y saber ser menor.

Así mismo, desde el núcleo de la desapropiación –pobre, humilde y profundamente amorosa-, adquiere Francisco –inspirado una vez más en una lectura radical del evangelio esa conversión positiva que proclama en el Cántico de las Criaturas y que tanto ha admirado, incluso a hombres sin fe. Todas las cosas que hay en el universo son buenas por naturaleza, pues son salidas de las manos del Creador. Es el corazón del hombre con sus ansías positivas y acaparadoras el que puede hacer de ellas un uso perverso. Por ello, Francisco no impondrá como ideal de vida a sus seguidores el huir del mundo, sino que los invitará, por el contrario, a permanecer en él, siendo pregoneros y testigos creíbles de una forma de vida verdaderamente profética e iluminadora para los hombres.

La mística activa

Íntimamente conexionada con su visión positiva del mundo, vive Francisco la mística cristiana en su más genuino espíritu. Descubre –inspirado una vez más en el evangelio- que el verdadero sentido de la mística es el de mantener en actividad el ser. Este encuadrar la actividad como dimensión del ser, y no del hacer, abrirá nuevas y luminosas perspectivas al mundo de la espiritualidad. Caminar hacia Dios, ya no entrará en conflicto –y mucho menos se contrapondrá- a caminar hacia los hombres.

Se camina hacia Dios –es decir, hacia la plenitud del ser- en la medida que se crece, en la medida en que la vida, la propia identidad, va cobrando un más pleno sentido.

Lo que se realiza es actividad en la medida que ayuda a crecer y a crecer en alteridad y amor. Cuando no se da dicho crecimiento, las actividades –bien sean de orden oracional o apostólico- no pasan de ser una mera ocupación, que aliena a la persona y no contribuye a su crecimiento en identidad. A la persona que es activa, todo lo que realiza, al tiempo que le ayuda a crecer, queda animado y vivificado por su espíritu. Son personas que, al tiempo que engendran nueva vida en sí mismos, la dan a luz en su entorno. En cambio, en la persona que no es activa, pero se mantiene ocupada, su actividad se convierte en un mero producto que ni le ayuda a engendrar en sí nueva vida ni, consecuentemente, a irradiar a los demás. La mera ocupación –aunque se llame y se revista de oración- no ayuda, en ningún caso, al crecimiento integral de la persona y no puede ser incluida en el ámbito de la contemplación que, por su propia naturaleza, es activa.

Desde esta perspectiva, la misma interpretación del famoso pasaje evangélico de Marta y María (cf. Lc. 10,39ss), que, superficialmente interpretado, tanto a creado a crear, en el seno de la vida espiritual cristiana, falsos dualismos entre ser y hacer, entre vida contemplativa y vida activa, entre oración y apostolado, adquiere un más profundo significado: María había elegido la mejor parte (Lc. 10,42) porque era activa, en la escucha de la palabra, que le ayudaba a crecer; mientras que

Marta, atareada en muchos quehaceres (Lc. 10,42) se mantenía meramente ocupada y la ocupación no sólo no la ayudaba a crecer en amor, sino que la tenía hecha una especie de “manejo de nervios” . Escoger la mejor parte (Lc. 10,42), sin embargo, no implica el elegir lo que hacía María o Marta, sino más bien en identificarse con la actitud u ocupación que manifiestan cada una de ellas. También la escucha de la palabra puede ser vivida como mera ocupación y convertirse en tal caso en motivo de desazón e inquietud interior.

La mística cristiana –se podría decir a la luz de lo reflexionado hasta el momento- recupera en Francisco su más original significado. La así llamada contemplación trasciende decididamente el nivel de la silenciosa oración para iluminar también el de la bulliciosa acción. La vida toda es contemplativa, en la medida que mantiene al ser en actividad y le va ayudando a crecer en los valores que confieren verdadero, profundo y gratificante sentido a la propia identidad.

Frente a toda una tendencia mística que pone como ámbito ideal de crecimiento el silencio y la soledad, Francisco –siguiendo también en ello el ejemplo de Cristo- sitúa el ideal en un equilibrio en el que el silencio y la soledad se armonizan con el diálogo y la convivencia, haciendo que la vida toda sea ámbito de crecimiento y, en consecuencia, de contemplación.

Alegría franciscana

Como resultante de todo un proyecto de vida centrado en el ser, según el humanismo cristiano exaltado en la bienaventuranzas, posee el franciscanismo, como uno de sus rasgos más característicos e identificantes, la alegría. La verdadera alegría, que el mismo Francisco canta en uno de sus escritos, es la manifestación más expresiva de que, cuando el hombre vive según el ideal del amor compendiado en las seis primeras bienaventuranzas, las dos últimas surgen de modo espontáneo y natural:

- La alegría franciscana está entrelazada, por una parte, de paz y armonía interior y exterior que canta la séptima bienaventuranza. Paz y armonía que se derivan de sentirse crecientemente satisfecho con unos valores que van plenificando el propio ser;
- y está entrelazada, también, de la valentía, fortaleza y serenidad ante las adversidades que se exalta en la última bienaventuranza. Valentía, fortaleza y seguridad que surgen de no tener puesto el corazón en un tener que hay que salvaguardar, sino en un ser que nunca nadie podrá robar y cuyo máximo garante, desde la visión de fe, es Dios.

LUIS AMIGÓ HUMANISTA CRISTIANO TRAS LA HUELLAS DE FRANCISCO

Desde el contexto cristiano que se ha visto, en esta reflexión, reflejado con radicalidad en el franciscanismo, puede ser entendido a cabalidad el pensamiento y el sentimiento humanista de Luis Amigó.

Luis Amigó es un decidido seguidor del humanismo cristiano no sólo en su propia existencia, sino que lo trasmite también como norma de vida para sus seguidores. El camino que marca a los amigonianos constituye una opción clara y decidida por el crecimiento del hombre interior por el amor desde los valores que identifican el ser, frente al mundo del tener.

Basta asomarse a las Constituciones primitivas que escribe personalmente para los amigonianos, para percibir con toda claridad la mística que quiere transmitirles. Una mística centrada en el ser, y en el ser para los demás:

- La caridad –les dice- es, según el apóstol Pablo, el complemento de la Ley, y como el alma de las demás virtudes, sin la cual no hay perfección posible... Por esto, pues, los diversos Institutos Religiosos..., se consagran de un modo especial a la práctica de esta virtud, aunque no todas la ejerzan del mismo modo... Por lo tanto, los Religiosos de esta Congregación trabajarán con toda solicitud en formar su espíritu e inflamar su voluntad en el amor de Dios por medio de la oración para de este modo poder comunicar a sus prójimos los incendios del divino amor y estar más dispuesto a servirles en los ministerios a que en especial se consagra esta Congregación (Obras Completas, 2359-2360).
- Durante el año de aprobación –anota, refiriéndose a los novicios- no se cuidarán de otra cosa que de formar y robustecer bien su espíritu por medio de la oración y de la práctica de las virtudes, en especial las más propias de su estado, como son: la humildad, la negación de sí mismos, la obediencia, la caridad... El Maestro, por su parte, les probará con prudencia, en la mortificación interior y exterior y en la humildad... para que vencido el hombre viejo con sus apetitos, se vistan del hombre nuevo, que es criado en justicia y santidad (Obras Completas, 2378 y 2403).

La mística que propone a sus frailes Luis Amigó se fundamenta –de acuerdo a la inspiración evangélica de Francisco de Asís- en esa actividad del ser que no crea separaciones esquizofrénicas entre oración y apostolado, entre el amor de Dios y al hombre, entre espiritualidad y humanidad:

- Ocúpense sí, en el servicio de sus hermanos –escribe a los Religiosos en las primeras constituciones,- pero no olvidando que el verdadero amor del prójimo no puede existir sin el amor de Dios, y que el mejor medio de hacer bien a los otros, es el de estar bien llenos del espíritu del Señor, que es caridad (Obras Completas, 2361).

- No es posible –escribirá años después, sintetizando bellamente su sentimiento unitario de la vida- amar a Dios sin amar también por Él al hombre, su obra predilecta, ni amar a éste con verdadero amor de caridad si se prescinde del amor de Dios. Ambos amores son como rayos emanados de una misma luz y como flores de un mismo tallo (Obras Completas, 1044).

Dichas mística o experiencia de crecimiento en el ser –en sintonía perfecta con la espiritualidad franciscana- se fundamenta y manifiesta para Luis Amigó en el talante pobre y humilde que distingue la minoridad:

- El hombre –escribía comentando el espíritu de pobreza de Francisco- creado por Dios para que fuese feliz, siente innata inclinación a desear y buscar su dicha y bienestar, que sólo en el servicio de Dios puede hallarse. Y si no conoce a Dios, o de Él prescinde, para satisfacer esta su ansiedad de ser feliz, busca con avidez los bienes materiales, en los que erróneamente cree poder hallar la felicidad. Por esto, pues, envió el Señor a San Francisco en medio de aquella sociedad tan materializada, a fin de que con su evangélica pobreza le enseñase prácticamente el desprendimiento de las cosas de la tierra (Obras Completas, 1278-1279).
- Era tal el amor que profesaba San Francisco a la pobreza –escribe en el texto constitucional de los amigonianos- que la constituyó como fundamento y quiso que fuese el distintivo de su Orden... por tanto se esforzarán a vivir desprendidos de todas las cosas de la tierra, no buscando más que a Dios, único y verdadero bien (Obras Completas, 2433).
- Para haceros dignos de la misión de ser “zagales del Buen Pastor” – dice a sus seguidores en su Testamento Espiritual- habéis de procurar conformar vuestra vida a la del modelo que el Señor nos presentó en San Francisco. Imitándole en su humildad profunda..., en su amor a la pobreza..., en su celo apostólico..., y en su amor a Dios..., (Obras Completas, 1832).

No obstante, la mística amigoniana, el crecimiento en el ser que ella propicia, adquiere una tonalidad propia desde los valores que acentúa de forma particular. Desde dichos valores reducibles perfectamente a los cuatro que se señalan en el cuadro sinóptico que se ofrece a continuación como conclusión de esta reflexión se derivan, a partir del magisterio del padre Amigó y de la tradición amigoniana, toda una serie de actitudes concretas –apuntadas también en el cuadro- que confieren al ser y hacer de los Terciarios Capuchinos su específico talante.

Principales valores que configuran el SER AMIGONIANO

VALOR	ILUMINACIÓN BÍBLICA	ACTITUDES CONCRETAS
<p>ENCARNACIÓN</p> <p>“Es propio del amor el deseo de vivir íntimamente unido e identificarse con el amado” (OCLA, 343 y 783).</p> <p>“Hechos todo para todos, anden solícitos en el servicio a sus prójimos” (OCLA, 2359).</p> <p>“Aprendan por experiencia la ciencia del corazón humano” (OCLA, 2047).</p>	<p>“Bienaventurados los humildes...” (Mt 5,4).</p> <p>“Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,27).</p> <p>“El Buen Pastor no huye ante el lobo y conoce a sus ovejas” (Jn 10,11-14).</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Generosidad para compartir el propio ser y tener. • Sencillez y servicialidad en el trato. • Convivencia descomplicada con todos. • Presencia constante, como actitud de un amor que hace propias las alegrías y tristezas de los demás.
<p>FORTALEZA</p> <p>“Propio es del amor no perdonar sacrificios por el amado” (OCLA, 346).</p> <p>“No perdonen medio alguno en el servicio, hasta sacrificar la propia vida si necesario fuere” (OCLA, 2359)</p> <p>“No huyan del trabajo que se hace por Dios” (OCLA, 1827).</p> <p>“No os arredren zarzales ni emboscadas” (OCLA, 1831).</p>	<p>“Bienaventurados los que lloran...” (Mt 16, 24).</p> <p>“Si alguien quiere venir en pos de mi, niéguese a sí mismo” (Mt 16,24).</p> <p>“Si el grano de trigo no muere, se queda solo” (Jn 12,24).</p> <p>“El Buen Pastor da su vida por las ovejas voluntariamente” (Jn 10,11.15.17-18)</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Dedicación plena, sin huidas ni evasiones. • Entrega cordial por los demás, desviviéndose por ellos. • Solicitud y desvelo en el servicio.

<p>COHERENCIA – PROFECIA</p> <p>“El buen ejemplo es lo que tiene más ascendiente sobre el corazón humano y la más eficaz exhortación para la práctica del bien” (OCLA, 1805).</p> <p>“No temáis despeñaderos y precipicios... ¡podéis estar seguros...” (OCLA, 1831).</p> <p>“La alegría es una de las señales de la verdadera vocación” (OCLA, 1921)</p>	<p>“Bienaventurados los que buscan la paz...” (Mt 5,9).</p> <p>“Bienaventurados los perseguidos...” (Mt 5,10).</p> <p>“Alegraos y regocijaos porque nuestra recompensa será grande” (Mt 5,12)</p> <p>“No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el espíritu” (Mt 10,28)</p> <p>“El Buen Pastor va delante de sus ovejas y no teme al lobo” (Jn 10,4 y 11-12)</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Alegría y paz, nacidas de la propia experiencia vital y comunicadas en el entorno. • Fidelidad a los propios principios y compromisos. • Esperanza irreductible en que toda persona puede cambiar. • Optimismo ante el futuro. • Valentía ante las dificultades.
--	--	--

El humanismo AMIGONIANO se hace PEDAGOGÍA

Con la fundación de la Congregación de Terciarios Capuchinos, el humanismo cristiano y franciscano hecho vida en Luis Amigó tiende a convertirse en pedagogía.

No obstante, dicha conversión pedagógica, como todo lo que tiene vida, es un proceso que se inicia en un momento determinado de la historia, pero que se perpetúa en el tiempo.

Para mejor abordar el tema, se dividirá en cuatro etapas, siguiendo para ello una adaptación cronológica de la división que se ha hecho clásica en el estudio de la historia universal.

I. HISTORIA ANTIGUA. HUMANISMO MÍSTICO (1890 – 1905)

En 189, recién realizada su profesión religiosa, los primeros terciarios capuchinos se hacen cargo de la Escuela de Reforma de Santa Rita (Madrid, España) con muy buen espíritu, pero con escasa formación científica en el campo propiamente pedagógico.

El objetivo de su labor –sacado de la mística cristiana- se centra en convertir a aquellos jóvenes que les han sido confiados; en poner en acción todos los medios posibles para que salgan de su vida de pecado –expresión en la que quedaría recogida toda una civilización nacida del egoísmo y todo un proyecto humano orientado por el deseo de tener- y abracen una vida nueva de acuerdo con los mandamientos de la ley de Dios.

De alguna manera, dicho objetivo queda recogido en el Decreto mismo de la Aprobación de la Congregación por parte de la Santa Sede en 1902:

- Los hermanos –se lee en él- compelidos por el singular ejemplo de Cristo Señor, ejerzan la caridad con los jóvenes extraviados, de tal manera que, apartándolos con medios muy oportunos del cieno de los vicios, cuiden con gran solicitud de instruirlos y educarlos piadosamente.

El método educativo que se sigue está claramente extraído también de la espiritualidad cristiana, en su dimensión ascética. Los periodos educativos, por ejemplo, se dividen en etapas que –como se expresa en el texto que abajo se transcribe- están relacionados directamente con el progreso moral del alumno y que hacen recordar –incluso a nivel semántico- las vías purgativa, iluminativa y unitiva de la ascesis tradicional de la Iglesia y de la ascesis misma propuesta por Ignacio de Loyola en sus famosos ejercicios espirituales:

- Por lo que mira a la conducta moral –escribe Luis Amigó en 1892- se clasificará a los alumnos en tres órdenes, que se denominarán de Catecúmenos, Perseverantes y Adoradores. Los primeros, o sea los Catecúmenos, serán aquellos niños que todavía conservan resabios de

sus pasadas costumbres... Perseverantes se llamarán aquellos que vayan aprovechando en la reforma de sus costumbres y se conozca en ellos buen deseo de conseguir su perfección... Con el nombre de Adoradores se designará aquellos niños cuya conducta ejemplar pueda servir de norma y modelo a los demás (Obras Completas, 2049).

Los instrumentos pedagógicos que se emplean están dictados igualmente por la propia ascética: trabajo, estudio, oración, frecuencia de sacramentos... Palabras claves en esta primera época son moralización y emulación. Como personajes más significativos había que señalar a los religiosos más antiguos, aunque pudiera singularizarse: Fray Rafael de Onteniente, famoso educador amigoniano que personifica mejor que nadie, quizá, la moralización como ideal educativo y el Padre Ignacio de Torrente que se distinguió como director espiritual de los alumnos.

Esta primera época, se podría decir como valoración crítica final, es una época acientífica. La ciencia pedagógica como tal no ha estado aún en Santa Rita ni en la incipiente cultura amigoniana. Sin embargo, es una época rica en humanismo evangélico, que se hace poesía y se trasmite a través de aquellos primeros religiosos que hervían de espíritu cristiano y franciscano. Es posiblemente, en este sentido, la época más candorosa de la pedagogía amigoniana con aquellos frailes que, siguiendo las indicaciones del Padre Amigó, comunicaban a los muchachos los incendios del divino amor y estaban dispuestos a servirles con toda solicitud y desvelo (Cf. Obras Completas 2360).

El texto que a continuación se trae, aunque perteneciente ya a 1913, refleja el espíritu de aquellos primeros frailes amigonianos:

- Da gozo ver a estos hermanitos –escribe un superior-, que en medio de un trabajo tan asiduo, llevan una vida alegre y angelical, sacrificando sueño, recreo y comodidades. Veo desde mi ventana, a altas horas de la noche, la luz que ilumina sus celdas, alumbrándoles el libro. Allí están con los codos pegados a la mesa, horas y horas, estudiando ¿Quién no los ha de querer? Mucho quiero a los corderillos y por ellos me sacrificaré, con la ayuda de Dios; pero más he de querer a los zagales que con tanto gusto y abnegación dirigen y apacientan el rebañito (Carta del P. José de Sedaví, en ROCA, T. Historia de la Congregación T. II, p. 57-58).

II. HISTORIA MEDIA. HUMANISMO Y PEDAGOGÍA SE DAN LA MANO (1905 – 1920)

Con el nombramiento del Padre Domingo de Alboraya como director de Santa Rita en 1905, el ritmo pedagógico de la Institución va adquiriendo un nuevo cariz.

Un año antes –en 1904) había tenido lugar el primer viaje amigoniano de estudios al extranjero. Algo había empezado a moverse. Santa Rita

empezaba a abrirse al movimiento pedagógico que a favor del menor desadaptado se estaba afianzando en Europa.

En 1906, al año justo de haber asumido la dirección de Santa Rita, el Padre Domingo publica, bajo el seudónimo de Aya-Robla, el libro *La Escuela de Reforma de Santa Rita*. Se trata en realidad de la memoria pedagógica de la Institución, correspondiente a su primer año como director. En dicho libro, puede apreciarse ya con claridad cómo la pedagogía amigoniana, sin olvidar del todo el humanismo místico, sin dejar de ser un sistema moralizante, se va revistiendo poco a poco de un lenguaje y de una metodología más seculares y propios de la ciencia pedagógica.

A partir de esta publicación, el proceso educativo amigoniano se divide en cuatro fases: Aislamiento provisional, Vida social, Estudios especiales, Libertad relativa; se consagra la utilización del sistema de vales, y se apunta ya la existencia de una ficha psico-médico-pedagógica de cada alumno.

Con la publicación de las Constituciones de 1910, el libro del Padre Domingo pasa a ser doctrina oficial de los amigonianos al quedar resumido en el capítulo V de la segunda parte (cf. ROCA, T. Historia de la Congregación, T. II, p. 293-319).

Durante esta segunda época de su historia, la pedagogía amigoniana se hace presente, a través de la persona del Padre Domingo, en importantes foros españoles que trabajan en defensa del menor.

- Hacia 1908 colabora en los primeros pasos que se dan para la fundación del Reformatorio de Madrid.
- En 1909, participa en el I Congreso Penitenciario Español que tiene lugar en la ciudad de Valencia.
- Y, posteriormente, toma parte activa en la elaboración de la primera Ley Tutelar de Menores, conocida también como la Ley de Montero Ríos.

El año 1909, financiado por el gobierno español, el P. Domingo realiza un viaje de estudios por varios países de Europa. Fruto del mismo es su libro *Los Reformatorios para jóvenes y las Colonias de Beneficencia en el extranjero*.

Junto al Padre Domingo conviene resaltar, durante la época que se está historiando, la figura de Fray Lorenzo de Alquería. Sus libretas de anotaciones sobre el diario cotidiano quehacer con los alumnos constituyen el mejor diario de bitácora de la pedagogía amigoniana desarrollada en Santa Rita desde 1902 a 1912.

Como valoración de todo este periodo se podría afirmar que, en medio del positivo movimiento científico que se inicia en la cultura educativa

amigoniana, el humanismo no deja de estar presente de modo efectivo y afectivo a través, principalmente, del espíritu de los religiosos educadores. Dicho espíritu, alimentado desde la fe, continúa confirmando al sistema el toque de ternura y humanidad que lo distingue. En este sentido, una vez más, la historia es testigo de que lo más valioso y característico de la Pedagogía Amigoniana es la mística, el espíritu educador.

III. HISTORIA MODERNA. LA PEDAGOGÍA SE HACE PSICOPEDAGOGÍA (1920 – 1968)

Se principia esta tercera época el año 1920 por ser este año cuando empieza a funcionar la Casa de Amurrio (Álava – España), de decisiva significación en la configuración del movimiento científico amigoniano.

En Amurrio, la pedagogía amigoniana se reviste y enriquece con los aportes de la psicología experimental, pasando a ser propiamente una ciencia psicopedagógica. Es aquí donde empieza a funcionar el primer laboratorio psicológico de la Congregación. Y es aquí, también, donde el método amigoniano alcanza su máximo esplendor, distinguiendo en él las siguientes fases y etapas:

- 1ª fase: Casa de Observación, donde se hace el primer estudio del menor mediante la observación directa y mediante la experimentación obtenida a través de test y de pruebas de laboratorio psicológico.
- 2ª fase: Casa de reeducación, dividida por edades en tres secciones: niños, adolescentes y jóvenes, y organizada cada sección, a su vez, en las etapas de esperanza (encauzamiento), perseverancia (afianzamiento) y confianza (robustecimiento).
- 3ª fase: Casa de familia, donde el joven egresado del periodo de reeducación permanece en un régimen más familiar y se le ayuda a buscar trabajo y a insertarse definitivamente en la sociedad.

Desde Amurrio, el método amigoniano se extiende por España. Los terciarios capuchinos, formados en su escuela se van haciendo cargo de casi todos los principales reformatorios surgidos en el país a raíz de la aplicación de la Ley Tutelar de 1919. Dichos reformatorios se organizan siguiendo el esquema de distribución y el método pedagógico que poco a poco se va consagrando allí. Con el tiempo la influencia psicopedagógica de Amurrio entrará incluso, aunque no sin oposición, en la Escuela de Santa Rita que durante años mantuvo un enfrentamiento más o menos abierto con las nuevas tendencias psicopedagógicas y, de alguna manera, se autoproclamó baluarte de la primera tendencia pedagógica amigoniana.

Desde Amurrio, el método amigoniano se propaga, más allá de las propias fronteras congregacionales: cursos y cursillos psicopedagógicos impartidos desde aquí –y también por algún tiempo desde el Reformatorio de Madrid– extienden el método amigoniano a centros educativos donde no están

presentes los terciarios capuchinos. Esta labor de difusión pedagógica se realizará también, con el tiempo a través de la revista Surgam que nace en este centro piloto de la pedagogía amigoniana.

Fontidueño

Desde Amurrio, también, el método amigoniano llega a Colombia.

Hacia años que la Congregación estaba en Bogotá (1928), pero no acababa de abrirse propiamente camino en el campo específico de la reeducación.

En 1951, se recibe la Casa de Fontidueño (Medellín) y los superiores procuran convertirla desde los inicios en el centro piloto de la psicopedagogía amigoniana para toda Latinoamérica.

Al principio, Fontidueño es como un calco de Amurrio, aunque rápidamente va adquiriendo su fisonomía pedagógica propia adaptada a la cultura del país.

Como Amurrio en España, también Fontidueño en Colombia propaga, mediante cursos y cursillos, el método amigoniano. Y también aquí se realiza, con el tiempo, dicha difusión mediante la revista Alborada, nacida un año después que su gemela Surgam.

Como personajes más representativos de esta tercera época de la Pedagogía Amigoniana se podrían citar entre otros:

- En España: los padres Pérez de Alba, Vicente Cabanes, Gabriel García Llavata, Tomás Serer y Jesús Ramos.
- En Colombia: los padres Cándido Lizarraga y Vicente Serer. Sin olvidar al padre Valentín de Torrente, al mismo Padre Pérez de Alba y a Fray Modesto Alabadí, quienes sin estar en Fontidueño contribuyeron grandemente desde Bogotá, uno con sus conferencias y otro con su habilidad para construir aparatos psicométricos, a propagar el método amigoniano en la República.

Ciertamente, esta edad moderna de la Pedagogía Amigoniana –se podría concluir- constituye, sin duda, la edad de oro de la misma.

El método amigoniano alcanza en ella su máximo esplendor. Con la positiva influencia de la psicología, dicho método además, sin dejar su talante religioso, o si se prefiere moralizante, adquiere un tono más secular, de acuerdo con las necesidades y características de los muchachos, de la sociedad y del ámbito cultural. En este sentido, se podría afirmar que se pasa de un cierto conductismo místico a otro de corte más laical.

No obstante, aunque el método es básicamente conductista –con las virtudes y limitaciones de este sistema-, conserva sin desvirtuar el humanismo que ha animado desde los orígenes el quehacer pedagógico de

los amigonianos, gracias al espíritu que distingue la personalidad y actuación del educador, quien mantiene y acrecienta su identidad gracias a la formación integral que recibe, como religioso, desde la espiritualidad evangélica, desde la franciscana, y desde la propia de la Congregación, que, poco a poco, va adquiriendo carta de ciudadanía.

Como aspecto menos luminoso en esta tercera época, se podría señalar el hecho de que, con el tiempo, se fue creando una tal sacralización del método, que paulatinamente comienza éste a provocar una cierta y creciente insatisfacción en el ambiente. Pareciera como si lo verdaderamente importante de la Pedagogía Amigoniana fuera el método. Pareciera como si éste se confundiera con aquélla y pretendiera abarcar toda su riqueza espiritual y cultural.

Desde dicha perspectiva, el método empieza a constreñir de alguna manera la creatividad y ello contribuye, quizá, a alimentar un cierto sentimiento de rechazo.

IV. HISTORIA CONTEMPORÁNEA. HACIA LA SUPERACIÓN DEL MÉTODO (1968 ...)

Se ha escogido el año 1968 como emblemático del inicio de esta cuarta, y hasta el momento, última época, pues en ella, se produce un cambio significativo dentro de la Congregación Amigoniana.

El P. Jesús Ramos, formado en la escuela de Amurrio y uno de los mayores exponentes científicos del sistema y del método que allí se fraguó, cesa como superior general. Le sustituye un hombre –Cándido Lizarraga- que aunque recibió también su formación en aquel centro piloto de la pedagogía amigoniana en España, ha mantenido siempre la suficiente apertura de espíritu para sentirse libre de ligazones metodológicas.

Con su visión poética de la vida, el Padre Cándido mantiene una visión amplia y creativa en el mismo campo pedagógico. Además, con él, entran de lleno en la Congregación los aires renovadores del Vaticano II que no habían refrescado aún en profundidad el ser amigoniano.

Todo ello, unido a las tensiones que, en algunos sectores, se estaban viviendo a causa de lo que anteriormente se ha denominado sacralización del método, provoca una reacción que, en algunos casos concretos, adquiere características de una verdadera revolución. En ella, se pueden distinguir las tres etapas a que se hará referencia a continuación.

1ª Todo estaba mal

Como en todo movimiento “revolucionario”, se pasa rápidamente del “todo es bueno” al “todo estaba mal”.

En algunos centros educativos amigonianos se abandona de forma, a veces radical, el método y se llega incluso a desechar, aunque sea inconscientemente, la sabiduría pedagógica acumulada por experiencia, que lo había dado a luz y que se escondía tras su ropaje.

Se da también el caso de que en una especie de “afán iconoclasta” se desprecia, velada o no tan veladamente, el espíritu que desde los orígenes ha animado el quehacer educativo amigoniano y algunos religiosos pretenden vivir su vocación de educadores desde una dimensión secular, que crea en ocasiones como una especie de esquizofrenia vital entre su ser religiosos y su ser educadores.

2ª Todo es bueno para el convento

Coetáneamente al movimiento anterior, pero al mismo tiempo como consecuencia del mismo, se tiende a buscar nuevos caminos educativos. Se recurre entonces abiertamente a las escuelas pedagógicas y psicológicas de la época, lo que indudablemente aporta un enriquecimiento a la cultura amigoniana.

Lo que no fue, quizá, tan positivo, fue el hecho de que esto no se hiciera con un verdadero sentido crítico que ayudara, por ejemplo, a discernir si dichas técnicas o metodologías favorecían, o no, el crecimiento integral de la persona de acuerdo con toda una tradición de humanismo cristiano, presente como se ha visto, en el ser y hacer amigoniano desde sus orígenes. Es decir, las nuevas técnicas más que integrarse y enriquecer el acervo pedagógico de la Congregación tendieron, de alguna manera, a desplazarlo y relegarlo, alimentando a veces un sentimiento de menosprecio hacia el mismo. Pareciera como si todo lo de fuera estuviera bien para el convento y lo que hasta entonces había estado en el convento, hubiese que echarlo fuera.

3ª Aun no se ha hecho todo

Últimamente se camina hacia una nueva síntesis de pensamiento y actuación. Se siente la necesidad de hablar un mismo lenguaje y actuar un mismo estilo, respetando, eso sí, las diferencias culturales y sin coartar la libertad. Pero también en este camino se perciben diversas tendencias:

- a. Los que caminan aún sin rumbo, aunque cada día son menos.
- b. Los prometodistas, es decir, aquellos que buscan mantener o recuperar la pureza del método amigoniano que se consagró durante la edad de oro de la historia pedagógica y se cierran a reconocer que la Pedagogía Amigoniana es mucho más amplia que su método tradicional y que el hecho de reconocer la validez demostrada de éste, no puede llevar a pensar que es el único cauce de expresión de toda una sabiduría pedagógica.

- c. Los que libres de ataduras metodológicas buscan traducir los principios inspiracionales que han identificado desde los orígenes el pensamiento pedagógico amigoniano y su actuación –a nuevos moldes culturales, buscando incluso métodos alternativos integrados, o no, en el clásico– que se adapten a las distintas realidades del menor y su entorno. A mi entender, este es el camino más apropiado y por el que debiera caminar en el futuro la programada revisión del así llamado Manual Pedagógico Amigoniano, que no debería centrarse ya en exponer sólo el método tradicional, sino que debería encaminarse a exponer la filosofía y el sentimiento educativo que, desde siempre, han animado la pedagogía amigoniana, haciendo así del nuevo manual más que una exposición del método, una exposición, sencilla y profunda a la vez, del espíritu educativo amigoniano.